

Somos números

Nacemos y morimos en una fecha, ocho dígitos ordenados en días, meses y años. Nos identifican con un nombre y dos apellidos pero también con un Documento Nacional de Identidad. Otra vez 8 cifras y añadimos una letra obtenida a partir de esas cifras, más números disfrazados de letras.

Empezamos a contar casi a la vez que a hablar. Nuestros dedos de las manos son los primeros números que aprendemos. Orgullosos mostramos los números alcanzados en cada cumpleaños. Cuando aprendemos un idioma, descubrimos el ropaje con el que se visten nuestros viejos amigos en ese nuevo mundo. Han llegado a esas tierras desconocidas antes que nosotros.

En primaria los números aumentan y aumentan, cientos, miles, millones. Son una familia numerosa y muy generosa *¡No corran!* hay para todos. En los exámenes, nadie quiere al pobre 0 y todos ansían con recibir a su hermano mayor, el 10. Pobre cero, estará marcado de por vida. Inútil, inservible, insignificante, su nombre es un insulto, *¡Número Cero, Número Cero!* Gritaban y hacían llorar un grupo de abusones decenas al desvalido guarismo.

Un día de otoño llegaron vestidos de uniforme militar los números ordinales. Limpios y bien formados, ponen orden en este caótico mundo. Ya no todos somos iguales a partir de ahora. Habrá un primero, un segundo, e incluso un último. Listas de clases y tú serás un número en esa lista. *¡Quién no recuerda su número de lista!* Orgulloso, nos acompañaba durante todo el curso como nuestro mejor amigo, sin abandonaros nunca.

Por supuesto en nuestra clase había un grupo de frikis, siempre montando el numerito. Lo formaban el más rico de todos, el número de oro; al que había que repetirle todo, el número e; y el que siempre estaba en todo, el número pi.

En la primavera de nuestra vida, llegó ese primer amor y nos pareció verdadero. Su perfección de 10 luchaba contra el 0 que sentía ante nuestra presencia. Tras decenas de endecasílabos y cientos de margaritas deshojadas por su indiferencia, probamos que la ecuación de cuarto grado con la queríamos atar nuestro destino al suyo, no tenía soluciones reales. Las cuatro soluciones eran complejas, y peor aún, imaginarias.

Las decenas de nuestros años fueron cambiando y los miles de euros que debemos al banco superan ya los trescientos. Y cuando ya teníamos todo controlado, contabilizado y hasta descontado, simplemente ocurrió sin avisar. Una explosión que superó todos los registros, imposible de medir, imposible de contar.

Una sola mirada suya despierta mis cinco sentidos y no son suficientes para registrarla, para cuantificarla. Sus caricias elevan mi excitación a su máxima potencia, Su imagen aparece esbozada en una hoja de tres colores, en un amanecer de fuego o en un volcán en erupción. Ella no es un número, Ella es el Infinito.